

honradez. Aunque amigo de diversiones, era mi padre no solamente hombre de una probidad intachable, sino también religioso. Galanteador en sociedad, cristiano en el seno de la familia, desde muy temprano me había inspirado los sentimientos de que estaba poseído. De mis tres tías, prudentes todas y virtuosas, las dos mayores eran devotas, y la tercera, joven llena de gracia, de viveza y talento á la vez, lo era quizás más que ellas, aunque con menos ostentación. Del seno de tan apreciable familia pasé á manos del señor Lambercier, quien, aunque hombre de iglesia y predicador, era creyente de puertas adentro y hacia casi tanto bien como decía. Él y su hermana cultivaron con una enseñanza juiciosa y agradable los principios de piedad que en mi corazón hallaron. Aquellas dignas personas emplearon al objeto medios tan verdaderos, tan discretos, tan razonables, que, lejos de aburrirme en el sermón, nunca salía sin estar interiormente conmovido y sin hacer propósitos de bien vivir, á que faltaba raras veces, pensando en ello. En casa de mi tía Bernard, la devoción me fastidiaba un poco más, porque hacía de ella una ocupación. En la de mi amo apenas me acordé más de religión, sin pensar por esto de diferente modo, ni hallé compañeros que me pervirtiesen; así es que me volví tunante, pero no disoluto.

Tenia, pues, toda la religión que puede tener un niño á la edad en que me encontraba, y aun más, porque, ¿á qué ocultar aquí mi pensamiento? Mi infancia no fué la de un niño; yo sentía y pensaba siempre como un hombre. Sólo he pertenecido á la clase vulgar á medida que me desarrollé y crecí, porque por mi nacimiento estaba fuera de ella. Cualquiera se reirá al ver que me doy modestamente por un prodigio. Enhorabuena: pero cuando se haya reído bastante, que encuentre un niño que á la edad de seis años se aficiona á las novelas, que tome interés en la lectura, hasta el punto de llorar con

ella á lágrima viva; entonces hallaré mi vanidad ridícula y convendré en que no tengo razón.

Así es que al decir que de ningún modo convenía hablar de religión á los niños, si se quería que la tuviesen algún día, y que eran incapaces de conocer á Dios, aun á nuestra manera, he sacado esta convicción de mis observaciones, no de mi experiencia propia, porque sabía que no me podía servir de argumento para los demás. Hállense Juan Jacobo Rousseau de seis años, y háblesele de Dios á los siete; yo respondo de que no se corre peligro alguno.

Créese generalmente que el tener religión un niño y hasta un hombre, consiste en seguir aquella en que ha nacido. Con el tiempo, á veces el fervor se disminuye; otras, más raras, se robustece; la fe dogmática es un producto de la educación. Además de este principio común que me ataba al culto de mis padres, tenía al catolicismo la aversión peculiar á nuestra ciudad, donde lo consideraban como una horrible idolatría y nos pintaban al clero con los más negros colores. Este sentimiento era en mí tan dominante, que al principio no podía entrever el interior de una iglesia, no podía ver á un sacerdote con sobrepelliz, ni oír la campanilla de una procesión sin estremecerme de terror y medio, que se disipó pronto en las ciudades, pero que se ha reproducido frecuentemente en las parroquias del campo, más semejantes al lugar donde lo había adquirido. Verdad es que esta repulsión era singularmente contrastada por el recuerdo de los halagos que prodigan de buen grado á los niños de Ginebra los párracos de las cercanías. Mientras que la campanilla del Viático me hacía temblar, la campana que anunciaba la misa ó las vísperas me recordaba un almuerzo, una merienda, manteca fresca, frutas ó algún manjar aderezado con leche, ó un lactinico. La buena comida del señor de Pontverre había producido también su buen efecto. Así es que me había ilusionado agradablemente con todo esto.

No considerando al papismo más que en su relación con las diversiones y las golosinas, me había familiarizado sin trabajo con la idea de vivir en su seno; pero la de ingresar en él solemnemente no se me había ocurrido sino en mi escapatoria y en porvenir lejano. Á la sazón ya no había que engañarme, y vi con el horror más vivo la especie de compromiso que había contraído y su inevitable consecuencia. Los futuros neófitos que me rodeaban no eran nada á propósito para comunicarme valor con su ejemplo, y no pude ocultar á mis propios ojos que la santa obra que iba á hacer no era más que un acto de bandido. Aunque muy joven todavía, no dejaba de conocer que cualquiera que fuese la religión verdadera, iba á vender la mía, y que aun cuando escogiese bien, mentiría en el fondo de mi alma al Espíritu Santo, y merecería el desprecio de la humanidad. Cuanto más pensaba en ello, más me indignaba contra mí mismo, y me lamentaba de la suerte que me había conducido allí, cual si no hubiese sido obra mía. Momentos hubo en que estas reflexiones fueron tan vivas que si hubiese encontrado la puerta un solo instante abierta, de seguro me habría evadido; pero no me fué posible y tampoco fué una resolución muy decidida.

La combatían muchos deseos secretos para no vencerla. Desde luego la persistencia en mi designio de no volver á Ginebra, la vergüenza, la dificultad de atravesar nuevamente las montañas, el embarazo de verme lejos de mi país, sin amigos y sin recursos; todo esto concurría á presentarme los remordimientos de mi conciencia como arrepentimiento tardío; afectaba reprocharme lo que había hecho, para disculpar lo que iba á hacer. Agravando los pasados errores, consideraba el porvenir como una consecuencia necesaria. No me decía: Todavía no hay nada hecho, y puedes, si quieres, ser virtuoso; sino: Lloro el crimen que has cometido y que tú mismo te has puesto en la necesidad de consumir.

En efecto, ¿cuán rara fortaleza de espíritu no era necesaria mi edad para revocar todo cuanto hasta entonces había podido prometer ó dejar esperar, para romper las cadenas que me había puesto, para declarar intrépidamente que deseaba continuar en la religión de mis padres, arrojando cuanto pudiera acontecer? Semejante fuerza no era propia de mi edad, y es muy probable que no hubiera tenido feliz éxito. Se había ido demasiado lejos para que quisiesen sufrir un desaire; y cuanto mayor hubiese sido mi resistencia, tanto más, se hubieran empeñado de un modo ú otro en sobrepujarla.

El sofisma que me perdió es el mismo de la generalidad de los hombres que se lamentan de carecer de energía cuando ya no es tiempo de necesitarla. Si la virtud nos cuesta trabajo, es por culpa nuestra, y si quisiésemos ser siempre buenos, rara vez tendríamos necesidad de ser virtuosos; pero nos dejamos llevar por inclinaciones fácilmente combatibles, cedemos á pequeñas tentaciones cuyo peligro despreciamos, é insensiblemente llegamos á encontrarnos en situaciones peligrosas, que hubiéramos podido evitar muy fácilmente, y de que luego no podemos escapar sino por medio de heroicos esfuerzos que nos espantan. Y caemos al fin en el precipicio clamando á Dios: ¿Por qué me hiciste tan débil? Pero á pesar nuestro responde su voz en nuestras conciencias: Te he hecho harto débil para salir del abismo, porque te he hecho bastante fuerte para no caer en él.

No tomé precisamente el partido de hacerme católico, sino que viendo la ocasión aun lejana, me tomé tiempo para acostumbrarme á esta idea, figurándome que mientras tanto ocurriría algún imprevisto acontecimiento que me sacaría de apuros. Para ganar tiempo me propuse defenderme lo mejor que pudiera y á poco mi vanidad me dispensó de tener presente mi propósito; pues, tan luego como noté que á veces ponía en apuros á los que me querían enseñar, no necesité más para

procurar confundirlos completamente. Hasta desplegué en la empresa un empeño ridículo; porque mientras trataban de convencerme, yo quería hacer lo mismo con ellos. Creía de buena fe que bastaba convencerlos para persuadirlos á que se hicieran protestantes.

Por consiguiente, no hallaron en mí tanta facilidad como esperaban, ya respecto á los conocimientos, ya respecto á la voluntad. Generalmente los protestantes son más instruidos que los católicos. Es muy natural: la doctrina de los primeros exige la discusión, la de los segundos la sumisión. El católico debe aceptar la decisión que le dan; el protestante debe conocer para decidirse. Esto lo sabían muy bien; pero no esperaban, por mi posición y mi edad, dificultad grande para gente ejercitada. Además yo no había hecho todavía la primera comunión ni recibido la enseñanza que con ella se relaciona, y esto lo sabían también; pero ignoraban que había sido, en cambio, muy bien enseñado en casa del señor Lambercier, y que poseía por mi parte un pequeño caudal que les era muy molesto, sacado de la historia de la Iglesia y del Imperio, que había aprendido casi de memoria en casa de mi padre y poco menos que olvidado después, pero que nuevamente recordaba á medida que la discusión se acaloraba.

Nos hizo la primera conferencia en común un anciano sacerdote, pequeño de cuerpo pero bastante venerable. Para mis compañeros fué, más que controversia, catecismo, y más bien había que enseñarles que no resolver sus objeciones. No sucedió otro tanto conmigo. Cuando me tocó el turno, le detenía á cada paso, sin perdonarle ninguna de las dificultades que podía oponerle, lo que hacía la sesión larga y enojosa para los asistentes. El viejo hablaba por los codos, se acaloraba, desatinaba y salía de los apuros diciendo que no comprendía bien el francés.

Al día siguiente me pusieron aparte, temerosos de que mis

indiscretas objeciones escandalizasen á los demás, en otra sala y con otro sacerdote, más joven, que hablaba bien, es decir, que se expresaba en cláusulas extensas, doctor satisfecho de sí mismo, si los hay. Sin embargo de su imponente gesto no me dejé subyugar; y conociendo que desempeñaba mi papel, empecé á responderle con bastante aplomo y atacarle por uno y otro lado lo mejor que podía. Se figuró aplastarme con san Agustín, san Gregorio y los otros Padres, y halló con increíble espanto que yo manejaba todos aquellos autores casi tan diestramente como él; y no es que los hubiese leído nunca, ni quizás él, tampoco; pero recordaba muchos pasajes que había leído en mi *Le Sueur*; y así que aducía una cita, sin ponerla en duda, le replicaba con otra contraria del mismo Padre, que muchas veces le desconcertaba. Al fin ganó la partida, por dos razones: porque era el más fuerte, y yo conociendo que me hallaba en sus manos, juzgué muy bien á pesar de mi juventud, que no convenía apurarle, porque sabía que el sacerdote viejo no había visto con agrado mi erudición ni mi persona; la otra razón fué que el joven tenía estudios y yo no. De esto resultaba que no podía seguirle en el método de argumentación que empleaba, y al verse estrechado por una objeción imprevista, la aplazaba para el día siguiente, diciendo que yo me salía del asunto. Á veces rechazaba mis citas, sosteniendo que eran falsas; y ofreciéndome traer el libro, me desafiaba á que las encontrara. Muy bien conocía que con esto no corría gran riesgo, pues con toda mi prestada erudición tenía no muy poca costumbre de manejar los libros, y no conocía bastante el latín para encontrar un pasaje en un gran volumen, aun teniendo la seguridad de que en él se hallaba. Sospecho que hasta echó mano de la infidelidad de que acusaba á los ministros, y de haber inventado algunos pasajes para librarse de objeciones que le confundían.

Mientras duraban éstas, y pasaban los días disputando, re-

funfuñando oraciones y haciendo el holgazán, me sucedió una fea aventurilla bastante desagradable y que estuvo á punto de traerme muy mal resultado.

No hay alma tan vil ni corazón tan bárbaro que no sea capaz de alguna especie de afecto. Uno de aquellos bandidos que pasaban por moros me cobró cariño y se me acercaba placentero, me hablaba en su jerga, era servicial conmigo, en la mesa me daba á veces parte de su porción y sobre todo me besaba muy á menudo con un calor que me era muy molesto. Por mucho que me repugnase aquella cara de pan de especia adornada con un chirlo enorme, y aquella mirada encendida que más parecía de furor que de ternura, soportaba sus caricias diciéndome: Este pobre hombre siente por mí una amistad muy viva, yo haría mal en rechazarle. Gradualmente iba creciendo la viveza de sus demostraciones, y á veces me venía con unas conversaciones tan extrañas que pensé que perdía la cabeza. Una noche quiso venir á dormir en mi cama, á lo que yo me opuse, diciéndole que era muy paqueña: entonces se empeñó en que había de ir yo á la suya, rehusé también, porque aquel miserable era tan sucio y oía tan fuertemente á tabaco mascado que me dañaba el estómago.

Al día siguiente estábamos los dos sentados muy de mañana en la sala de juntas, y empezó á renovar sus caricias, pero con movimientos tan violentos que estaba espantoso. En fin, quiso pasar gradualmente á las más extravagantes confianzas y forzar mi mano á hacer lo mismo. Yo me desprendí bruscamente lanzando un grito y dando un paso hacia atrás, y, sin revelar ni indignación ni coraje, pues no tenía la menor idea de lo que se trataba, di á entender con tanta energia mi sorpresa y disgusto que me dejó en paz; pero mientras daba fin á sus movimientos, vi dispararse hacia la chimenea y caer en tierra no sé qué de glutinoso y blancuzco que me dió náuseas. Me lancé al balcón, más agitado, más trubado, más horrorizado aún que

lo había estado en toda mi vida y á punto de caer enfermo.

No podía comprender qué tenía aquel infeliz, me lo figuré víctima de un ataque de epilepsia ó de cualquier otro frenesi aun más terrible; y en efecto, para una persona que esté en su acuerdo no creo que haya espectáculo más asqueroso que ese obsceno y sucio entretenimiento y ese rostro inflamado por la más brutal concupiscencia. Nunca he visto otro hombre en semejante estado; mas si estamos así con las mujeres, es preciso que tengan los ojos cegados, ó estén muy fascinadas para que no les causemos horror.

El deseo de contar á todo el mundo lo que había pasado me apremiaba. Nuestra vieja intendenta me dijo que me callase, pero yo vi que mi relato la había trastornado mucho y le oía murmurar entre dientes: *¡Can maledet! ¡brutta bestia!* Como yo no comprendía por qué había de callarme, seguí divulgando el hecho á pesar de la prohibición, é hice tantos aspavientos, que á la mañana siguiente uno de los administradores vino á darme una reprimenda bastante viva acusándome de comprometer el honor de una casa santa y meter mucho ruido por poco daño.

Prolongó su reprensión explicándome muchas cosas que yo ignoraba, pero que no creía él enseñarme, juzgando que me había defendido sabiendo que era lo que querían de mí. Me dijo muy grave, que era un acto reprobado como la fornicación, pero que por lo demás la intención no podía ofender á la persona que lo inspiraba, y que no había que irritarse porque á uno le encontrasen amable. Luego añadió sin rodeos, que él había tenido el mismo honor en su juventud, y que habiendo sido cogido en ocasión en que no podía oponer resistencia, no había encontrado en ello nada de cruel. Llevó su impudencia hasta valerse de las voces propias; y creyendo que la causa de mi resistencia era miedo al dolor, me aseguré que era un temor vano y que no había que alarmarse.

Escuchaba yo aquel miserable con tanta mayor sorpresa cuanto hablaba no para sí, pareciendo que me instruía para bien mío. Su discurso le parecía tan natural, que ni siquiera procuró que estuviésemos solos, y teníamos allí un eclesiástico que no se sorprendía más que el otro. Esta naturalidad me produjo tal efecto que acabé por creer que era aquello sin duda una costumbre admitida en el mundo, que yo no había tenido ocasión de conocer hasta entonces. Esto hizo que le escuchara sin enojo, aunque no sin disgusto. La idea de lo que me había sucedido, y sobre todo lo que había visto, quedó tan profundamente impresa en mi memoria que todavía me daban náuseas de sólo pensar en ello. Sin que yo mismo lo notara, la aversión que me inspiraba el hecho se extendió á su apologista y no pude contenerme lo bastante para que no viera el mal efecto de sus lecciones. Lanzóme una mirada muy poco cariñosa, y desde entonces no perdonó nada para hacerme desagradable mi estancia en el establecimiento, y logró tan bien su objeto que no viendo más que un solo medio de salir de allí, me apresuré á admitirlo, así como hasta entonces me había esforzado en alejarlo.

Esta aventura me libró para lo porvenir del onanismo, y la vista de los que pasaban por tener este vicio me causaba tal horror, recordándome el horrible moro, que me costaba mucho trabajo disimularlo. Por el contrario, con esta comparación ganaron mucho en mi ánimo las mujeres: parecía deberles en ternura y deferencia la reparación de las ofensas de mi sexo, y la más fea tarasca me parecía un objeto adorable al recordar aquel falso africano.

En cuanto á éste, ignoro lo que le dirían, pero me parecía que, exceptuando la señora Lorenza, nadie le vió con peores ojos que antes. Sin embargo, no se me acercó ni me habló más. Ocho días después fué bautizado con toda solemnidad, vestido de blanco de los pies á la cabeza, para representar el

candor de su alma regenerada. Al siguiente día salió del hospicio y nunca más lo he vuelto á ver.

Á mí me tocó el turno un mes más tarde, porque todo este tiempo fué necesario para dar á mis directores el honor de una conversión difícil, y me hicieron examinar todos los dogmas par obtener el triunfo de mi nueva docilidad.

En fin, suficientemente instruido y preparado á gusto de mis maestros, fui conducido en procesión á la iglesia metropolitana de San Juan, para abjurar allí solemnemente y recibir los accesorios del bautismo, aunque en realidad no volvieron á bautizarme; mas cómo la ceremonia es próximamente lo mismo, sirve para hacer creer al pueblo que los protestantes no son cristianos.

Iba yo envuelto en un ropaje gris guarnecido con alamares blancos, destinado para tales ocasiones. Dos hombres, uno delante y otro detrás de mí, recogían en una bandeja de cobre que golpeaban con una llave las limosnas que cada cual depositaba según su piedad ó el interés que el recién convertido le inspiraba. Nada, en fin, del fausto católico fué omitido á fin de hacer la ceremonia más edificante para el público y más humillante para mí. Sólo me habría sido útil el vestido blanco; y no me lo dieron, como se lo habían dado al moro, en atención á que yo no tenía el honor de ser judío.

No paró aquí todo. Fué preciso ir á la Inquisición para que me absolvieran del crimen de herejía y entrar en el seno de la Iglesia con la misma ceremonia á que se vió sometido Enrique IV por su embajador. El semblante y ademán del muy reverendo padre inquisidor no eran lo más á propósito para disipar el secreto horror que me había inspirado aquel lugar á mi entrada. Después de varias preguntas sobre mis creencias, mi estado, mi familia, me preguntó bruscamente si mi madre estaba condenada. El espanto contuvo el primer movimiento de mi indignación y me contenté con responder que yo desea-

ba que no lo estuviese y que Dios pudo haberla inspirado en sus últimos momentos. Callóse el fraile, pero hizo una mueca que me pareció no tener nada de un signo de aprobación.

Hecho todo esto, y cuando creía que iban á colocarme al fin según mis esperanzas, me plantaron en la calle con poco más de veinte francos que había producido la cuestación recogida para mí. Encomendáronme que viviese como buen cristiano, que fuese fiel á la gracia, me desearon buena fortuna, cerraron la puerta tras de mí, y todo se acabó.

Así, en un instante, se desvanecieron todas mis grandes esperanzas, y de mi comportamiento interesado no me quedó más que el recuerdo de haber sido apóstata á la vez y chasqueado. Fácil es comprender la brusca revolución que tuvo lugar en mis ideas cuando desde la más brillante fortuna me vi caer en la miseria más completa, y que habiendo por la mañana deliberado acerca el palacio que habitaria, me veía por la noche reducido á dormir en la calle. Creerá tal vez el lector que empecé por abandonarme á la desesperación tanto más cruel cuanto debía exaltarse el remordimiento de mis faltas, reprochándome que toda mi desdicha era obra mía. Nada de esto. Acababa de verme encerrado por vez primera en mi vida durante más de dos meses. Así pues, el primer sentimiento que experimenté fué el de la libertad que había recobrado. Después de larga esclavitud, verme dueño de mí mismo y de mis acciones, en medio de una gran ciudad donde abundaban los recursos, llena de personas de posición, donde mi talento y conocimientos no podían menos de proporcionarme buena acogida tan luego como fuera conocido. Tenía además tiempo para esperar y veinte francos en el bolsillo que me parecían un tesoro inagotable de que podía disponer á mi antojo sin que nadie pudiera pedirme cuentas. Era la vez primera que me veía tan rico. Lejos de abandonarme á la desesperación y á las lágrimas, no hice más que cambiar de esperanzas, y nada

perdió en ello el amor propio. Jamás me había sentido con tanta confianza y seguridad; creía ya hecha mi fortuna, encontraba bellissimo no quedar por ello obligado á nadie más que á mi mismo.

La primera cosa que hice fué satisfacer mi curiosidad, y recorrí la población, aunque no fuese más que para hacer uso de mi libertad. Fui á ver montar la guardia, pues los aprestos militares me agradaban mucho. Seguí las procesiones; era aficionado al canto de los sacerdotes. Fui luego á ver el palacio del rey; acerquéme temeroso, pero viendo que otros entraban hice lo mismo, y me dejaron libre entrada, lo que debí tal vez al paquete que llevaba debajo del brazo; mas sea como fuere, yo concebí una opinión ventajosa de mí mismo: hallándome dentro de aquel palacio, ya me consideraba casi como su habitante. En fin, á fuerza de ir y venir, me hallé fatigado, tenía apetito y hacía calor; entré en una lechería. Diéronme *giunca*⁴ y requesones, con excelente pan del Piamonte, que prefiero á cualquier otro, y por cinco ó seis sueldos tuve una de las mejores comidas de mi vida.

Fué preciso buscar donde albergarme, y como ya conocía bastante el piamontés para darme á entender, no me fué difícil encontrarlo, y tuve la prudencia de escogerlo más conforme á mi bolsillo que á mi gusto. Me indicaron en la calle del Po la mujer de un soldado, en cuya casa dormían por un sueldo diario los criados que no tenían colocación. Allí había un lecho desocupado y quedó para mí. La mujer era joven y recién casada aunque tenía ya cinco ó seis hijos, y todos dormíamos en el mismo cuarto: la madre, los hijos y los huéspedes; siguiendo así mientras estuve en aquella casa. Era, en resumen, una buena mujer que juraba como un carretero, siempre despeinada

⁴ *Giunca*. especie de queso.

y despechugada, pero de corazón blando, oficiosa, que me cobró afecto, y que hasta llegó á serme útil.

Muchos días empleé únicamente entregándome á los placeres de la independencia y de la curiosidad. Iba errante dentro y fuera de la ciudad, huroneando, visitando cuanto me parecía curioso y nuevo; y todo lo era para un joven que acababa de salir del cascarón y aun no habia visto ninguna capital. Sobre todo era muy asiduo en hacer la corte, asistiendo por las mañanas con toda regularidad á la misa del rey. Me agradaba verme en la capilla con aquel príncipe y su séquito; pero mi pasión por la música, que empezaba á declararse, influía en mi asiduidad más que la pompa de la corte, que, una vez vista, es siempre la misma y no llama la atención mucho tiempo.

El rey de Cerdeña tenía entonces la mejor sinfonia de Europa: Somis, Desjardins, los Bezuzzi brillaban alternativamente. No se necesitaba tanto para atraer á un joven á quien el sonido de cualquier instrumento, con tal de que fuera exacto y justo transportaba de gozo. Por lo demás, no sentía más que una admiración estúpida y sin codicia por aquella deslumbradora magnificencia. Lo único que me interesaba en todo el esplendor de la corte, era ver si habria alguna joven princesa que mereciera mis homenajes y con la cual pudiese hacer una novela.

Poco faltó para que la empezara, no en clase tan elevada, sino en otra donde, si la hubiese llevado á cabo, habria obtenido placeres mil veces más deliciosos.

Aunque vivia con suma economía, mi bolsillo insensiblemente se agotaba. Por otra parte, aquella economía era menos efecto de prudencia que de una sencillez de gustos que aun hoy día la costumbre de las mesas suntuosas no ha alterado en nada. No conocia ni conozco aún comida mejor que la de una mesa rústica. Con lacticiños, huevos, yerbas, queso, pan

moreno y vino regular, puede cualquiera regalarme seguramente; mi buen apetito hará lo demás, siempre que no me harten con su aspecto importuno un maestresala y un atajo de lacayos. Entonces comía mucho mejor por seis ó siete sueldos que después por seis ó siete francos. Por tanto, era sobrio por carecer de tentación para no serlo, y aun no debo decir sobrio, porque en mis comidas procuraba satisfacer la sensualidad todo lo posible. Con algunas peras, el guinea¹, mi queso, mis grises, y algunos vasos de vino común del Montferrato, que se podía cortar, era el más feliz de los golosos.

Mas con todo esto podian acabarse mis veinte libras. Esto es lo que notaba más sensiblemente cada día, y á pesar de la ligereza de mi edad, mi inquietud por el porvenir pronto llegó hasta el espanto. De todos mis castillos en el aire no me quedó más que el de encontrar una ocupación que me diese para vivir, y aun esto no era nada fácil. Pensaba en mi antiguo arte; pero no lo conocia bastante para ir á trabajar en un establecimiento, y éstos no abundaban en Turín. Entre tanto me resolví á ir de tienda en tienda á ofrecerme para grabar cifras ó escudos en las vajillas, esperando tentar por lo módico del precio, poniéndome á discreción. En esta prueba no fui muy afortunado, casi en todas partes me desairaban, y lo que encontraba era tan poca cosa que apenas me daba para comer algunas veces.

Un día sin embargo, pasando bastante temprano por la *Contrà nova*, á través de los cristales de un aparador vi á una joven tendera tan graciosa y seductora, que á pesar de mi timidez con las mujeres, entré sin vacilar y le ofrecí mis pobres servicios. Esta vez no me vi rechazado: hizome sentar y referirle mi vida, y compadeciése de mí, diciéndome que tuviese valor y que los buenos cristianos no me abandonarían; luego,

¹ *Grissino*, panecillo piemontés.

mientras enviaba á un platero vecino por las herramientas que dije necesaria, subió á la cocina y me trajo de almorzar ella misma. Este comienzo me pareció de buen agüero, y el tiempo no me desmintió. Pareció quedar satisfecha de mi pequeño trabajo y aun más de mi conversación cuando me hube repuesto un poco; porque estaba tan compuesta y radiante que, á pesar de su afabilidad, me había impuesto. Mas su acogida llena de bondad, su tono compasivo, sus maneras dulces y cariñosas, me tranquilizaron luego. Vi que producía buen efecto, y esto me hizo producirlo mejor. Mas, aunque italiana y demasiado bonita para no ser algo coqueta, era muy modesta y yo tan tímido, que difícilmente podíamos llegar á un desenlace en breve tiempo. No nos lo dejaron para llevar á término la aventura. Recuerdo con el más grato placer los cortos instantes que pasé con ella, y puedo decir que gocé en sus primicias los más dulces así como los más puros placeres del amor.

Era una morena muy viva, más cuyo buen natural, reflejado en su bello rostro, hacía conmovedora aquella vivacidad. Se llamaba la señora de Basile. Su marido, de más edad que ella y medianamente celoso, durante sus viajes la dejaba bajo la salvaguardia de un dependiente harto mazorral para ser seductor, y que no dejaba de tener pretensiones aunque por su parte casi no las manifestaba más que con su mal humor. Éste me tomó ojeriza, aunque á mí me gustase oírle tocar la flauta, lo que hacía bastante bien. Este nuevo Egisto gruñía siempre que me veía en casa de su señora y me trataba con un desdén que ella le devolvía con creces. Hasta parecía complacerse en acariciarme en su presencia para atormentarme, y esta especie de venganza, aunque muy de mi gusto, mucho más lo hubiera sido sin testigos. Pero no la llevó tan allá, ó á lo menos á solas no se conducía del mismo modo.

Sea que me encontrase demasiado joven, sea que no supiese tomar la iniciativa, ó que quisiese formalmente seguir

honrada, observaba entonces una especie de reserva que, sin ser repulsiva, me intimidaba sin saber por qué. Aunque no sentía hacia ella aquel respeto tan tierno como sincero que me inspiraba la señora de Warens, me sentía más temeroso y con menos familiaridad. Me hallaba embarazado, tembloroso; no me atrevía á mirarla; á su lado no me atrevía á respirar; y sin embargo temía su ausencia más que la muerte.

Miraba con ojos ávidos cuanto podía descubrir sin ser notado, los adornos de su vestido, la punta de su bonito pie, la parte de un brazo blanco y redondo que aparecía entre guante y manga, y el espacio que se formaba entre su garganta y su pañoleta al volver la cabeza. Cada objeto reforzaba la impresión de los demás. Á fuerza de mirar lo que podía ver y aun algo más, mis ojos se turbaban, mi pecho se oprimía, mi respiración se tornaba de un momento á otro más dificultosa, me costaba mucho contenerla, y todo lo que podía hacer era dejar escapar suspiros ahogados, muy molestos por lo indiscretos en el silencio en que estábamos con frecuencia. Pero, ocupada en su labor, no lo notaba á lo que parecía; mas, alguna vez, como por una especie de simpatía, su pecho latía con bastante rapidez. Este peligroso espectáculo me acababa de perder, y cuando estaba próximo á ceder á mi exaltación, me dirigía alguna palabra en tono tranquilo que inmediatamente me volvía en mi acuerdo.

Así la vi á solas varias veces sin que jamás una palabra, un gesto, ni una mirada expresiva revelasen la menor inteligencia entre nosotros. Este estado, para mí penoso, era sin embargo mi delicia, y en la sencillez de mi corazón apenas podía imaginar en qué consistía mi tormento. Parecía que estas pequeñas entrevistas tampoco á ella le desagradaban, á lo menos procuraba ocasión de que se repitiesen; cuidado seguramente inútil por el uso que de él hacía, y por el que me permitía nacer.

Un día que, fastidiada de la estúpida conversación del dependiente, había subido á su cuarto, procuré concluir mi pequeña tarea en la trastienda, donde estaba, y me apresuré á subir. Su habitación estaba entreabierta, y entré sin ser visto. Estaba bordando junto á la ventana, vuelta de espaldas á la puerta. No podía verme entrar, ni oirme á causa del ruido que hacían los carros que pasaban por la calle.

Vestía siempre con esmero, pero aquel día lo estaba con un gusto que tenía asomos de coquetería. Hallábase en una actitud graciosa, su cabeza un poco inclinada dejaba ver la blancura de su garganta, su cabello recogido con elegancia estaba adornado con flores, y en toda su figura reinaba un encanto que pude contemplar á mi sabor y trastornó mis sentidos. Echéme de rodillas á la entrada del cuarto tendiendo los brazos hacia ella con un movimiento apasionado, convencido y seguro de que no podía verme ni oirme, pero había en la chimenea un espejo que me hacía traición. Ignoro el efecto que pudo producirle mi arrebato; porque sin mirarme, sin decirme nada absolutamente, pero medio volviendo la cabeza, con un simple movimiento de la mano me indicó la estera que á sus pies había. Estremecerme, lanzar un grito y precipitarme al sitio que me había señalado, fué obra de un instante: pero, lo que se creará difícilmente, en esta situación nada osé emprender, ni pronunciar una sola palabra, ni levantar los ojos hacia ella, ni aun tocarla, en una actitud tan ocasionada para apoyarme un instante en sus rodillas. Estaba mudo, inmóvil, pero no seguramente tranquilo: todo indicaba en mí la agitación, el gozo, el agradecimiento, los deseos ardientes inciertos en su objeto, contenidos por el temor de disgustarla, así es que mi joven corazón no podía estar sereno.

No parecía ella más tranquila ni menos tímida que yo. Turbada de verme allí, cortada por habérmelo permitido, y comenzando á sentir todas las consecuencias de un signo esca-

pado sin duda antes de reflexionar, no me acogía ni me rechazaba: trataba de hacer como si no me hubiese visto á sus pies, no apartando los ojos de su labor, mas toda mi estolidez no me impedía ver que participaba de mi embarazo, quizás de mis deseos, y que se hallaba encogida por una vergüenza semejante á la mía, sin que esto me diera bastante fuerza para vencerla. Los cinco ó seis años que tenía más que yo me parecía que la obligaban á que el atrevimiento estuviese todo de su parte, y yo me decía, que puesto que no hacía nada para excitar el mío, no quería que lo tuviese. Aun hoy día encuentro que juzgaba bien, y seguramente tenía ella harta penetración para no ver que un novicio como yo necesitaba no sólo que le animasen sino que le instruyesen.

No sé cómo habría concluido esta escena muda y viva, ni cuánto tiempo habría yo permanecido inmóvil en un estado tan ridículo como delicioso, si no hubiésemos sido interrumpidos. En el momento más violento de mi agitación oí abrir la puerta de la cocina situada junto á la habitación donde estábamos, y la señora de Basile, alarmada, me dijo vivamente con el gesto y la voz: levantaos, viene Rosina. Levantándome aprisa tomé una de sus manos, que me tendía y estampé en ella dos besos ardientes, sintiéndola, al segundo, oprimir ligeramente mis labios. En mi vida he tenido un momento tan dichoso; mas la ocasión que había perdido ya no volvió, y nuestros jóvenes amores así quedaron.

Quizás por esto mismo conservo impreso en el fondo de mi alma la imagen de aquella amable mujer, con rasgos tan hermosos. Aun se ha ido haciendo más bella á medida que he ido conociendo el mundo y las mujeres. Por poca experiencia que hubiese tenido, hubiera obrado de otro modo para animar á un jovencito; pero si su corazón era débil, era también honrado; cedía involuntariamente á la inclinación que la arrastraba, y según todas las apariencias, aquella era su primera

infidelidad, y tal vez me habría costado más vencer su vergüenza que la mía.

Sin haber llegado á esto, he gozado junto á ella inexplicables dulzuras. Nada de cuanto me ha hecho sentir la posesión de las mujeres vale tanto como los dos minutos que pasé á sus pies, aun sin atreverme á tocar su ropa. No, no existen goces iguales á los que puede proporcionar una mujer honrada á quien se ama; cuanto de ella procede son favores: un pequeño signo con el dedo, una mano que apenas oprimió mis labios, son los únicos favores que jamás recibí de esta mujer, y todavía el recuerdo de ellos me llena de gozo.

Aunque durante los dos días siguientes estuve espiondo con afán la ocasión de una entrevista á solas, me fué imposible hallar oportunidad, y no observé en ella ningún empeño en procurarla. Hasta estuvo, no más fría, pero sí más reservada que de ordinario, y creo que evitaba mis miradas, temerosa de no poder contener las suyas. Su maldito dependiente estuvo más importuno que nunca, fué hasta zumbón y chocarrero, diciéndome que me vería favorecido de las mujeres. Yo temía también haber cometido alguna indiscreción, y considerándome ya de inteligencia con ella, quise cubrir nuestro afecto con el misterio de que hasta entonces no había tenido gran necesidad, por cuyo motivo fui más circunspecto en aprovechar las ocasiones; y á fuerza de quererlas buscar seguras, ya no encontré otra alguna.

He aquí otra locura caballeresca de que jamás pude desprenderme, y que, unida á mi natural timidez, ha contribuido mucho á desmentir la predicción del dependiente. Amaba con harta sinceridad, y me atrevo á decir demasiado bien, para poder fácilmente ser afortunado. Nunca hubo pasiones más vivas, y al propio tiempo más puras que las mías; jamás hubo amor más tierno, más verdadero ni más desinteresado. Habría sacrificado mil veces mi felicidad á la de la persona qu

amaba; su reputación me era más cara que mi vida, y por todos los placeres del mundo no hubiera querido comprometer su tranquilidad ni un solo instante. Esto me ha hecho emplear tanto cuidado, tanto secreto, tantas precauciones en mis empresas amorosas, que ninguna ha podido llegar nunca á buen término. Mi poca fortuna con las mujeres ha sido siempre efecto de amarlas demasiado.

Volviendo al flautista Egisto, lo que ofrecía de singular era que, haciéndose más insoportable, el tunante parecía más complaciente. Desde el instante en que su señora me cobró afecto, había pensado colocarme en el almacén. Yo sabía bastante de aritmética, y le propuso que me enseñase á llevar los libros, pero mi regañón recibió muy mal la propuesta, temiendo quizás verse suplantado. Así es que, después del buril, todo mi trabajo se reducía á copiar algunas cuentas y notas, poner er limpio algunos libros y traducir algunas cartas del italiano al francés.

De repente nuestro hombre pensó en la proposición que había rechazado, y dijo que me enseñaría la partida doble y quería ponerme en estado de ofrecer mis servicios al señor Basile cuando estuviese de vuelta. Había en su tono y en su semblante, un no sé qué de falso, de maligno, de irónico, que no me inspiraba confianza. Su ama, sin esperar mi respuesta, le dijo secamente que yo quedaba reconocido á sus ofertas y ella esperaba que al fin la fortuna favorecería mis merecimientos, añadiendo que sería una gran lástima si yo con tanta capacidad no llegaba á ser más que un dependiente.

Varias veces me había dicho que quería hacerme conocer una persona que podría serme muy útil. Pensaba bastante cuerdamente para conocer que era tiempo de separarme de ella. Nuestras mudas declaraciones habían tenido lugar el jueves. El domingo dió una comida á que asistí, y donde se halló también un dominico de agradable presencia á quien me